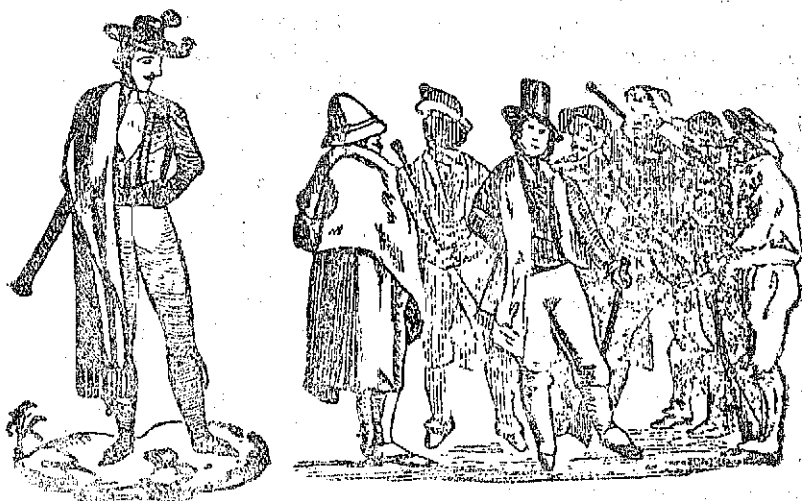


LOS BANDIDOS DE TOLEDO



CURIOSA RELACION

en que se refiere la historia de una banda de facinerosos que habitaban en los montes de Toledo, cometiendo en ellos las más notables atrocidades, con lo demás que verá el que lo lea.

PRIMERA PARTE

Llamado de su monarca el andaluz más valiente, que por sus heroicos hechos deseaba conocerle, salió de Málaga un día con la licencia que tiene; lleva a su padre consigo porque compañía le hiciese,

y a un amigo que en las armas fué de mucho valor siempre. Llegaron hasta Toledo, y quisieron detenerse a ver la ciudad famosa, que deseado lo tienen; paseándose en sus plazas ricas, vistosas y alegres

11.6.20.1916

oyeron echar un bando
que atemoriza a la gente:
«En los montes de Toledo,
dentro de sus tierras tiene
veinte bandidos que son
los verdugos de la muerte;
malhechores valencianos,
de aquellos que al rey no temen,
que andan robando y matando
a cuantos van a prenderles.
Ofrecen tres mil ducados
a quien los mate o prendiese»;
y como no haciendo caso
de lo que aquí se refiere,
salen los tres a otro día
a caminar como siempre.
A media tarde llegaron
a aquel sitio, donde suelen
lograr sus malos intentos
aquella malvada gente;
pero al pasar un arroyo
que el mismo abismo parece,
se les pusieron delante
diez y nueve de los veinte,
apuntan con los cañones
porque más miedo tuviesen.
El capitán valeroso,
sin un punto detenerse
echó mano a su pistola
ha dicho de aquesta suerte:
«El plomo no me acobarda,
ni me asombran los valientes,
que vivo desesperado
y ando buscando mi muerte;
y así dejadme pasar,
porque atrás no he de volverme.»
Se miran unos a otros,
y con la vista se entienden:
«¡Qué valiente es el rapaz!
Este hombre nos conviene
traer en nuestra compañía,

y así hemos de ver si quiere.»
Todos le dicen: «Amigo,
no temas ni desconsueles,
que todos desesperados
vivimos de aquesta suerte;
si quieres estar seguro,
aquí con nosotros quedas,
serás nuestro capitán
y muy respetado siempre.»
Él les dice: «Caballeros,
de tanta lucida gente
no podré ser la cabeza;
igual estaré obediente.
¿Quién es vuestro capitán?»
Le dicen: «Aquí no viene,
que esta mañana robamos
la prenda más excelente,
que en el mundo no habrá otra
que la iguale y empareje,
y por no poder partirla,
que es fuerzá que entera quede
quiso nuestro capitán
ser dueño de tantos bienes,
y nosotros, por envidia,
juntos le dimos la muerte;
y la tenemos guardada
donde el aire no la ofende,
y la queremos jugar
esta noche, y echar suertes;
el cristal y el alabastro
con ella igualarse pueden,
pero aquel que la ganare
muy gustoso se la lleve.»
Agradecido les dijo:
«Vamos a vuestro retrete,
que yo haré temblar al mundo
y que vuestra fama vuele.»
Le llevan por unos montes
tan espesos que parecen
sendas de profundo infierno;
y llegando donde tienen

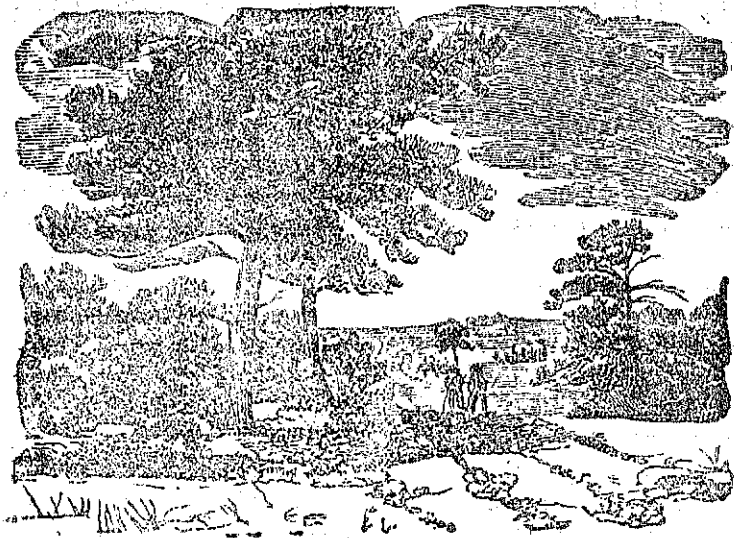
una muy oculta cueva
subierto en ramaje verde,
con sus puertas y sus llaves
abiertos que tienen,
abriendo la principal
vió colgadas las paredes
de trabucos y escopetas,
manjares de toda especie,
como perdices, conejos,
pan, carne, vino y aceite,
que como les cuesta poco,
todo sobrado lo tienen.
Se sientan a merendar,
cara a cara y frente a frente;
todos al capitán brindan,
y él con todos se detiene.
Acabando de comer,
dos preguntan: «¿Qué os parece?»
saquémosle al capitán,
para que al verla se alegre,
aquella preciosa joya
que dentro del cuarto tiene.»
Se levantó el más ligero,
quien abrió la puerta alegre,
y sacando la doncella
que los divinos pinceles
el resto de la hermosura
la pusieron, pues la tiene
ese asombro de las flores
y pasmo de los claveles;
de cristal y de alabastro
cosa compuesta parece;
los luceros de sus ojos
casi eclipsados los tiene,
que ya de tanto llorar
sangre pura es lo que vierte.
Quedó absorto el capitán,
que de dolor no se mueve,
disimulando la pena
todo en risa lo resuelve.
«Digo que tenéis razón,

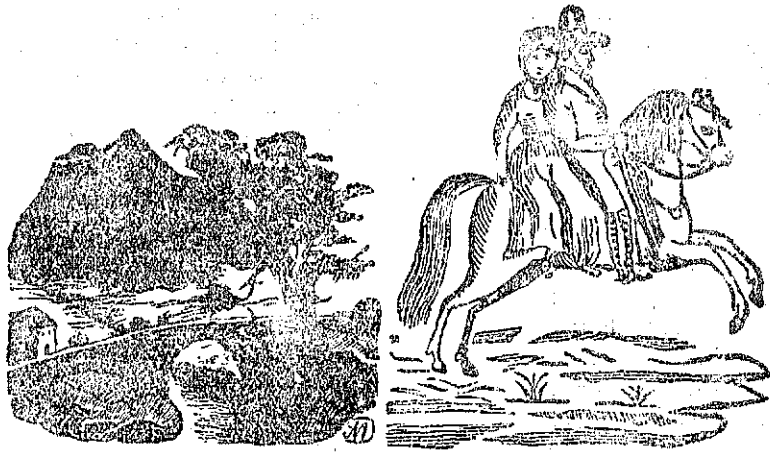
y no es mucho encarecerla,
mil veces será dichoso
aquel que la mereciere.»
Todos dicen: «Gran señor,
recíbela por presente,
porque cuando llega un grande
adonde vasallos tiene,
todos le ofrecen su hacienda,
y ésta, señor, se os ofrece,
pues todos somos gustosos
que tú sólo te la lleves.»
Y agradecido la ha dicho:
«¿De qué lloras, pues?, ¿qué tienes?»
¿cuándo mereciste tú
verte con tan buena gente?
Come, si quieres comer,
y si no más que revientes.»
«¡Oh, que corazón tan duro
(se dicen todos) que tiene!
bueno es para nuestro oficio;
otros hay que se enternecen;
si no es soberbio el bandido,
no hará cosa buena siempre.»
Les pregunta: «Caballeros,
¿todos en aqueste albergue
reunidos os recogéis?»
Le dicen: «Si; qué, ¿os parece,
que no estamos bien seguros?»
Y responde: «No conviene;
si tengo de gobernar
ha de ser de aquesta suerte:
en medio de aquesta breña,
pues tan capaz me parece,
dos a dos en cada choza
muy bien podrán recogerse,
no tan lejos que mi pito
no lo oigan cuando resuene,
que avisen al más cercano,
y por lo que sucediere,
al oír saldrán armados,
pertrechados de esta suerte:

los trabucos y las charpas
con sus pistolas pendientes,
al rostro las escopetas,
y muera todo viviente.
Tal ánimo les infunde,
que revientan de valientes;
todos dicen: «Gran señor,
famoso discurso tienes;
mañana lo hemos de hacer,
pues a todos nos conviene;
donde las registran todas

para mejor entenderse.»
Y con aquestas palabras
se fué el sol, la noche viene;
dice: «Yo soy desposado,
pues lo ha querido mi suerte;
ninguno salga esta noche,
que tras de ésta muchas vienen.»
Adonde les dejaremos
mientras el autor previene
finalizar esta historia
en otra parte que emplee.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





SEGUNDA PARTE

en que se da fin a la historia de los bandidos que habitaron en los montes de Toledo.

Supuesto que en el primer romance ya se refirió cómo el capitán y dama quedaron solos y alegres, y que los demás bandidos en lugares diferentes, repartidos ya se ocultan, animoso y muy valiente el capitán ya nombrado, la dice de aquesta suerte con palabras amorosas y muy dignas de atenderse: —Dime, ¿qué motivo o causa en este sitio te tiene? Dímelo, no te embarace el decir la verdad siempre

porque pretendo ampararte aunque la vida me cueste. —Yo, señor, soy catalana, como presente me tienes; es mi padre de Toledo, de los más nobles que tiene todo este reino de España, don José de Torre y Fuentes, y mi madre en Cataluña de los Moncadas descendiendo: es su nombre doña Elvira, por apellido Carreres, y a mí me llaman Casilda por gusto de sus mercedes. Tiene mi padre en Toledo, como bien saberse pueda,

tres hermanas que son monjas,
y porque las conociese,
de Cataluña a Toledo
pasábamos a meterme
monja, por ser gusto mío,
y también de sus mercedes.
Esta mañana, señor,
los compañeros que tienes
me robaron de mi padre,
falsos, tiranos y alevos;
por ser la cuadrilla grande,
no pudiendo defenderse,
se fué llorando mi padre
con seis criados que tiene;
y así si me has de valer,
como dices y refieres,
hazlo por Dios, que mis fuerzas
cierto es que muy poco pueden.
Y arrojándose a sus plantas,
en los brazos la suspende.
— Levanta, que no intentaré
de impedirte lo que quieres,
porque si Dios te ha criado
como tú misma refieres,
para ser su humilde esposa,
manda a tus ojos que cesen
esas perlas que derraman,
que, por Dios, he de valerte.
Dale ese lecho a tu cuerpo,
que yo sobre este banquete
tengo de pasar la noche
por guardarte y defenderte.
Apenas al otro día
amaneció el claro Oriente,
se levantó el capitán
a dar la vuelta a su gente,
y detrás fué la doncella
mostrándose muy alegre.
Todos decían: «¡Qué linda
nuestra capitana viene!
como es lucero del día

a los ojos resplandece.»
Ella dice: «Si por cierto,
ahora todos son placeres.»
Cerró la noche con agua,
que ir a robar no pueden;
se acostaron descuidados
durmiendo como zoquetes;
el capitán y su padre,
y el otro amigo que tienen,
con la doncella en la cueva
por más acierto se meten;
cuando allá a la media noche
todos en silencio duermen,
se levantó el capitán,
y ha dicho de aquesta suerte:
«¿Adónde estás, compañero,
animoso como siempre?
¡Ea, padre de mi alma!
vamos a lo que conviene;
¡Ea, hermosa catalana!
discreta como valiente,
cuida de aqueste candil,
y aquesta candela enciende;
vamos tras de echar la raya
para que salgan los peces.»
Salen los tres con silencio,
y llegando brevemente
donde están los dos primeros
dicen: «Nadie so menea,
y aquel que se meneare
cercana tiene su muerte.»
El buen viejo los maniató,
y a todos de aquesta suerte
a la cueva los trajeron;
y en aquel sitio los tiende;
los atan de pies y manos,
y porque seguros queden,
se quedó la catalana
con dos pistolas pendientes,
diciendo: «Nadie suspire,
ni llore, ni se lamente,

que le haré saltar los sesos
por cima de estas paredes.»
Unos la ofrecían hacienda;
otros alhajas y bienes;
y ella dice: «Caballeros,
guárdelas quien las tuviere.»
En un carronato grande
a los bandidos los moten,
y en un caballo andaluz
iba el capitán valiente
con la doncella a las ancas,
y todos de aquesta suerte
caminan a Cataluña;
llegaron muy brevemente
a casa de esta doncella,
y llamando reciamente,
ha salido el padre a abrir
(esté conmigo el oyente);
grande gusto recibió,
también su madre y su gente,
y en premio de aquella acción
por esposa se la ofrecen.
Él dice: «Señor, no acepta,
pues dada palabra tiene
a otro mejor que yo,
que es a Dios, y que conviene
el que sea religiosa,
y que a Él nos encomiende,
y a su Madre sacrosanta,
quien a la gloria nos lleve.
Esto supuesto, señores,
perdonen vuestras mercedes,
que yo me parto a dar cuenta
al rey, de toda esta gente.»
Y caminando a Madrid
llegan, y sin detenerse,
presenta un memorial
como hablar con el rey quiero,
que ya tenía noticia
de este adalid valiente;

al punto mandó que entrara,
y obedeció brevemente.
Postrado a sus reales plantas,
el rey dice: «¿Qué se ofrecen?»,
y él con ánimo indecible
respondió de aquesta suerte:
«Monarca invicto, escuchadme:
Has de saber ciertamente
que los hombres que aquí traigo
son los bandidos valientes
que en los montes de Toledo
robaban muy atrocemente.
El rey le dió por respuesta:
«¡Albricias!, pedirme puedes
servidor leal de España,
y haz de ellos lo que quisieras.»
«Lo que os pido, señor,
que a estos hombres les diereis,
si se arrepienten, indulto
y se vayan libremente.»
El rey se lo concedió,
y a él por hombre eminente,
con título de nobleza,
por toda su vida quedó.
Esta es la célebre historia
del andaluz más valiente,
cuyas proezas insignes
tales premios se merece,
y cuyo animoso ardid
fué bastante a que sujeto
la desordenada furia
de aquellos bandidos fuertes,
que en los montes de Toledo
formando escondido albergue
osados y temerarios
fueron terror de las gentes.
Y pues el fin de esta historia
ya lo saben los oyentes,
en ella tomen dechado
los que de gnapos se precian.

FIN

CANCIÓN NUEVA DEL PIRATA

*Es mi barco mi tesoro
y mi dicha navegar,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria es el mar.*

Con diez cañones por banda,
viento en popa a todo vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín;
bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

Es mi barco mi tesoro, etc.

Navega, velero mío,
surca la salobre espuma,
y guiado por la fortuna,
aleja de ti el temor;
que ni navío enemigo,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a tocar no alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Es mi barco mi tesoro, etc.

Ni corbeta berberisca,
ni galera veneciana,
con mi nave capitana
se ha podido comparar;
que con su dorado campo
entre mil flámulas bellas,
se iza un pabellón de estrellas
más azules que es el mar.

Es mi barco mi tesoro, etc.

El valor es mi corona,
nunca mi frente se humilla,
yo tengo un cañón por silla,
que en tal trono soy el rey;
me concilian blando sueño
los murmullos de las olas,
llevo al cinto dos pistolas,
y el plomo dicta mi ley.

Es mi barco mi tesoro, etc.

Mi bajel busca la lid,
si nave turca es llegada
barre el mar con su andanada,
y suspira el musulmán;
si el vino vedó a los suyos
aquel que llamaron fuerte,
beben agua hasta la muerte
los perros del Alcorán.

Es mi barco mi tesoro, etc.

Desde mi alcázar de popa
cercado de seis bellezas,
yo no envidio las riquezas
ni delicias de un bajá;
hoy en bonancible calma
es el mar mi blanda cuna,
y si cambia la fortuna,
sepulcro tal vez será.

Es mi barco mi tesoro, etc.

